

La banalidad del horror. Desplazamiento forzado y medios de comunicación

Patricia Nieto
Investigadora del Instituto de Estudios Políticos,
Universidad de Antioquia

Cuando Colombia aceptó ser un país de desplazados ya la tragedia tenía su espacio en la televisión. Los espectadores pasaron de la indignación a la resignación con la misma naturalidad con que la pupila se contrae ante un golpe de luz. Ciegos, por efecto de la sobre-exposición a la banalidad del horror, los colombianos no sabemos cómo se tejen los hilos de nuestro drama.

1. Romper el silencio

En 1995 los colombianos recuperamos el doloroso significado de una palabra dormida durante décadas. Desplazados -con su larga fonética, su compleja escritura, su imprecisa definición, su plural terminación- regresó para nombrar una realidad igualmente difícil de registrar, dolorosa de narrar, problemática de explicar y urgente de comprender porque comprometía la libertad y la vida de miles de personas.

Con su reaparición muchos hechos noticiosos que hasta entonces aparecían como aislados encontraron un hilo que les daba identidad. *La increíble y*

*triste historia de El Carmen*¹, *En el bajo Cauca los campesinos siguen entre dos fuegos*², *Sin tierra, sin país, sin derechos*³, *Esquivando el fantasma de la guerra más de la mitad de los habitantes de Sabana de Torres han emigrado*⁴, *Dejamos todo, hasta nuestros muertos*⁵, dejaron de ser noticias perdidas entre las líneas de los periódicos y encontraron, no sólo lugar en las primeras páginas, sino principio de continuidad frente a un país acostumbrado a olvidar.

La infinita cadena de pueblos fantasmas y familias trashumantes, exhibidas con toda su crudeza durante 1995, le hablaron a los colombianos de un conflicto político extendido en el tiempo, en la geografía y en el uso del terror como mecanismo extremo de combate. Con la aparición de los desplazados la guerra se *reeditó* ante los ciudadanos. Los acostumbrados partes de comandantes ya no sobresaltaban a un país capaz de sortear su economía a pesar de lustros de guerra irregular, pero la comprobación de un éxodo masivo, silencioso y continuo despertó la conciencia de un estado de guerra al que parecíamos habituados. Por obra de la publicidad Colombia aceptó ser un país de desplazados, pero lo fue desde mucho antes por obra de la guerra.

Los desplazados son personajes de muy reciente aparición pública en Colombia. Aunque 1985 -año en que se agudizó el conflicto por el rompimiento de los diálogos de paz y la aparición de nuevos actores armados- marcó el inicio de una nueva fase de desplazamientos forzados en Colombia, sólo en 1994 el problema fue descrito y cuantificado públicamente por la Conferencia Episcopal de Colombia⁶. Hasta entonces, el tema sólo se mencionaba en escenarios privados donde los académicos intentaban llamar la atención sobre un fenómeno creciente y todavía invisible.

1 *El Tiempo*. Santafé de Bogotá. Junio 14 de 1992.

2 *El Colombiano*. Medellín. Junio 22 de 1992. p. 14 A.

3 *El Espectador*. Santafé de Bogotá Noviembre 14 de 1994. p. 16 A.

4 *El Tiempo*. Santafé de Bogotá. Octubre 3 de 1992.

5 *Cien días vistos por Cinep*. Vol. 6 No. 22. Abril - junio de 1993. pp 24 - 27.

6 Conferencia Episcopal de Colombia. *Desplazados por la violencia en Colombia*. Santafé de Bogotá, Editorial Conferencia Episcopal. Marzo de 1995.

Los debates de los juristas buscaban encontrar en una madeja de normas, el camino que les permitiera ubicar legalmente el problema de los desplazados internos y elaborar mecanismos internacionales para controlar las expulsiones y proteger a las personas desplazadas. Un análisis sobre la legislación de los refugiados permitía iluminar las reflexiones sobre el desplazamiento, al tiempo que mostraba las grandes dificultades jurídicas y políticas para adoptar un sistema normativo de protección a las poblaciones desplazadas. Hernando Valencia Villa planteaba así el problema: "Es menester reformular el tema del desplazamiento forzado no internacional en una perspectiva jurídica que supere el temor reverencial a la soberanía nacional y la estatolatría de las organizaciones internacionales, y que al mismo tiempo cargue el acento en la protección efectiva y en la asistencia oportuna a las poblaciones victimizadas por el desarraigo violento"⁷. El problema que ocupaba a los juristas queda sintetizado en esta pregunta: ¿es posible diseñar un régimen internacional en favor de los desplazados que permita actuar sin violar la soberanía de las naciones?⁸

Sólo cuando la Iglesia habló sobre el tema y mostró la dramática cifra de 586.216 desarraigados, Colombia superó la mirada jurídica, confundida hasta entonces en su propia red, y comenzó a reconocerse como un país de desplazados, de personas que se ven obligadas a peregrinar dentro del territorio nacional después de huir de su lugar de residencia porque su vida, su integridad o su libertad han sido vulneradas o se encuentran en peligro debido a conflictos armados internos, a disturbios o tensiones interiores, a la violencia generalizada, a las violaciones de los derechos humanos...

La investigación de la Conferencia Episcopal demostró que las crónicas periodísticas sobre familias que cualquier mañana dejaban su casa en Sabana de Torres, Carmen de Chucurí, Batatá, Segovia, Necoclí, Blanquicet o Río Frío no eran tragedias novelescas que ocurrían en pueblos macondianos. A partir de ese informe el desplazamiento forzado de personas fue considerado no como una consecuencia de la guerra, sino como una nueva estrategia de los actores armados en Colombia. El desplazamiento ya no era un asunto

7 Hernando Valencia Villa. "La protección internacional de los desplazados internos a la luz del derecho cosmopolítico de Kant". *Análisis Político*. No 17. Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional. Diciembre de 1992.

8 Charles Keely. "Llenando una brecha crítica en el régimen de protección de los refugiados: los desplazados internos". Publicación del Comité Estadinense para Refugiados. 1991

sucedáneo al conflicto armado, sino un nuevo mecanismo para prolongar la guerra, para despojar al enemigo de sus tierras. Una estrategia que después de diez años de encubirse silenciosamente, produjo resultados catastróficos.

Al quitar el velo, al descubrir las múltiples facetas del problema del desplazamiento forzado en Colombia, la investigación de la Iglesia mostró caminos de conocimiento y análisis que hasta entonces habían sido explorados tímidamente. Fue la Iglesia, dueña en Colombia de una credibilidad que cualquier prensa envidiaría, quien confirmó la realidad de las atrocidades que algunos periodistas denunciaban aisladamente, quien dio luz verde para que en Colombia se hablara públicamente del desplazamiento forzado.

Una vez tocada por la bendición arzobispal, la prensa se lanzó a romper el silencio, a convertir en noticia un proceso que cumplía ya diez años de recrudescimiento. Entonces, 1995 se convirtió en el año de los desplazados. La palabra resucitada llegó a la boca de todos los colombianos y las imágenes conmovedoras de las familias peregrinas se tomaron las pantallas. El dramático desfile de vencidos provocó lágrimas de indignación, expresiones de dolor. Colombia se encontraba conmovida.

2. Trivializar lo trascendental

La emoción, esa facultad humana que los periodistas están llamados a tocar, llegó al punto justo para dar lugar a la razón. Pero el sentimiento, alimentado por informaciones construidas al ritmo del corazón, desbordó los límites y ocupó el lugar de la comprensión. En pocos meses pasamos del mutismo sobre un proceso social y político que pone en peligro la vida de miles de colombianos, a una incomprensible algarabía que provocó un efecto paralizante sobre la opinión pública. Lentamente los colombianos salimos del espasmo nervioso ocasionado por la crudeza del desplazamiento forzado y entramos en el estúpido estado de la resignación.

¿Por qué de la emoción pasamos sin más a la estupidez de la resignación? ¿Qué oculto mecanismo se activó para que la resignación convirtiera un hecho atroz en banalidad? ¿Cómo es posible que para la mayoría de los colombianos el desplazamiento forzado de una familia campesina, la exhibición de la cabeza de un degollado o el cadáver despellejado de un campesino sean simplemente elementos del paisaje? ¿Por qué es tan banal el horror que estamos viviendo?

La prensa, esa misma que esperó diez años a que Iglesia hablara para decidirse a registrar los éxodos sistemáticos, tiene uno de los papeles protagónicos en ese proceso de trivializar lo trascendental. Por lo menos dos son las características de forma y contenido -de cuerpo y de alma- que hacen a la prensa responsable: la fragmentación sin sentido de la realidad que registra y el maquillaje que impone a los hechos para convertirlos en el espectáculo noticioso⁹. De la suma de ambas resulta una información que, por encima de la verdad, busca un artificio que haga creíble la escena que aparece en la pantalla. Y, ante una atrocidad de ficción, la gente de carne y hueso se conmueve por un segundo, pero luego sonríe mientras bebe cerveza.

La fragmentación, considerada por algunos como una condición inexorable de la información de finales de un siglo caracterizado por la saturación, es el principio estructural de los noticieros de televisión. Camuflada por términos técnicos como segmento, brevedad, rapidez, inmediatez y actualidad, la fragmentación es la encargada, paradójicamente, de propiciar la unidad de los informativos.

Un noticiero es, según nuestros modelos, una colección de hechos recientes. Sin otro criterio que el de la temporalidad, el proceso de edición produce un absurdo *collage* de informaciones que *al aire* no es más que un discurso delirante¹⁰. La voz de una modelo que da consejos para acabar con la celulitis *suaviza* la emoción que produce la vista de diez hombres masacrados en una finca bananera; la precisión del gol en un estadio lejano baja la tensión después de asistir a la toma guerrillera de un pueblo miserable. La ley del equilibrio informativo, traducida aquí en absurda simetría entre

9 José Manuel Pérez Tornero propone diez conceptos para explicar la banalización y el vaciamiento semántico de las notas periodísticas: fragmentación de la realidad, espectacularización, dramatización, desestructuración del argumento, recreación de mitos, ingeniería del acontecimiento, dispersión de la atención, pasión por el presente y figuratividad. En: "Periodismo vacío, democracias banales". *Letra Internacional*. No. 35. Madrid. 1994

10 Al hablar del comportamiento de la prensa frente al proceso noticioso conocido como Cartel de Medellín, Armando Silva habla así del delirio. "Se suele entender por delirio a una pérdida de la palabra en un contexto, y en su lugar, la repetición obsesiva de una acción. Freud tan interesado en la historia, entendió que allí, en este síntoma, se muestra un desgarramiento donde se profundiza la separación entre el saber y la verdad". Armando Silva. "El cartel de Medellín y sus fantasmas (la coca como cartel, como frontera y otros imaginarios más). En: *Culturas políticas a fin de siglo*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. México. 1997. p 165.

hechos *buenos y malos*, mata la trascendencia¹¹. El milagro de una cirugía estética compite en significado con la lágrima de una mujer desplazada. La tonta idea de que la prensa debe ocuparse de la salud mental de los colombianos lleva a medir todos los hechos con el rasero de la banalidad.

Además de noticieros hábilmente ensamblados para endulzar el sabor de las tragedias colombianas, cada compartimento noticioso, sujeto a la tiranía de los segundos, no alcanza a contener más que la fugacidad del presente. Las famosas preguntas básicas que un periodista debe saber responder para sustentar una información quedan reducidas en los noticieros colombianos a tres lánguidas cuestiones: qué acaba de ocurrir, dónde y a quién. Para la siguiente emisión quedan pendientes los asuntos esenciales: por qué pasó y, en consecuencia, que pasará.

Que los noticieros de televisión sólo vivan el presente, es la evidencia de un problema de fondo. Cuando el pasado no existe y cuando el futuro se da por descontado, no es posible construir explicaciones y mucho menos hacer el ejercicio periodístico de la anticipación. La fragmentación exterior de los noticieros es el reflejo de la mirada periodística fraccionada sobre la historia del país. Ante una información sin antecedentes ni consecuencias, la continuidad pierde sentido. Por ello la atrocidad de hoy no tiene punto de encuentro con la de ayer, ni da pie a la de mañana. La fragmentación sirve pues de pedestal a los *hechos aislados* que marcan el presente de este país y de disculpa para no responder las preguntas importantes: ¿porqué un millón de colombianos han sido expulsados de sus tierras?, ¿a quiénes complacen las acciones atroces de los "mochacabezas"? ¿qué poderes y cuáles poderosos están detrás del desplazamiento forzado de colombianos?

Para evadir las grandes preguntas fingiendo un riguroso seguimiento de la información, los noticieros reducen los procesos a casos particulares y ello les reporta ganancias en varios sentidos: registran los desplazamientos diarios con eficiencia y ello los libera del sentimiento de culpa que provoca la

11 En el texto citado, Armando Silva analiza el papel de los medios de comunicación en la construcción imaginaria del significado de la frase Cartel de Medellín: "El gran aliado en este trance imaginario ha sido la prensa y los medios, que encontraron en el cartel (y en otros carteles) una nueva justificación, no sólo para mostrar lo inmundos que tanto atrae y vende en esta postmodernidad virtual dispuesta al vértigo en la diversión cotidiana de los medios, sino para dividir al mundo entre buenos y malos". p. 170

omisión; el testimonio diario y solitario de un desgraciado es la cuota de lágrimas de su catálogo de informaciones; y al convertir en protagonista al sujeto pasivo de la noticia, se liberan de la responsabilidad de señalar al verdugo.

Si ya no hay asesino, si el asesino se nombra con eufemismos, sólo queda la víctima para *sacarle punta a la noticia*, como dicen los redactores-jefes. La entronización de los desplazados como protagonistas de la historia reciente del país cumplió hasta hace poco la inaplazable obligación de denunciar un hecho atroz, pero al tiempo que se ha banalizado ha perdido su capacidad de conmover. Ninguna voz, ninguna imagen, ninguna historia sería capaz de provocar hoy la protesta de los colombianos en contra de los culpables del desplazamiento. Si hace años el testimonio aislado de un desplazado cumplía una tarea informativa vital, hoy se escucha como la vieja canción que una vez estuvo de moda. Lentamente la lánguida voz de los desplazados se convierte en una acusación contra la prensa. *Nos habéis convertido en tristes actores de una comedia que nadie quiere presenciar*, es el reclamo que se escucha entre las frases de cada desplazado que cuenta su tragedia.

Ante la evidente catástrofe informativa, ante el acostumbramiento de los colombianos al desplazamiento forzado de poblaciones, los informativos de televisión intentaron recuperar la fortaleza del tema con una cínica estrategia: encontrar la *fase humana* del desplazamiento, entendiendo por humano aquello que significa alegría en medio del dolor. Ahora los desplazados aparecen en los informativos disfrazados de esperanza. Que un anciano aprenda a leer en las horas de ocio obligado, que unos niños vayan al rancho en rigurosa fila india, que las mujeres repartidas por comisiones se encarguen del aseo de las calles, fue interpretado por un noticiero local como evidencia de que la vida en la comunidad asentada en Pavarandó marcha bien, pero no sirvió de indicio para suponer que una severa disciplina militar reina en aquel campamento de desplazados que algunos periodistas ya se atreven a llamar pueblo, como si fuera conveniente, deseable y justo que los desplazados levantaran resignadamente sus casas a la vera del camino.

3. Destruir el sentido

Ahora que los desplazados han demostrado ante la prensa que pueden *salir adelante*, cada uno de nosotros se ha convertido en cirineo. La imagen del verdugo ha desaparecido por completo y, en su ausencia, los colombianos

somos los responsables de reparar el dolor de un millón de compatriotas. La apelación a la compasión no deja de ser otra manera de dispersar la atención y de evadir la responsabilidad periodística de llamar a los hechos y a los responsables de los hechos por su nombre.

La caridad ha ocupado el lugar de la información. Los medios de comunicación no vinculan a los ciudadanos mediante la información sino que los agobian con la obligación de sanar la tragedia de los demás. La caridad se ha levantado como bandera. Allí donde la prensa debería ofrecer datos, contextos, historias, argumentos, conocimientos, propone conciertos benéficos y teletones en favor de las familias desplazadas. La prensa propaga así la idea de que la compasión aplaca los sufrimientos, pero olvida que sólo la política -como negociación pública de los múltiples intereses que determinan la vida colombiana- puede devolver la dignidad a los ciudadanos ultrajados.

La función política de la comunicación consiste en posibilitar la circulación de múltiples mensajes al interior del sistema político y acompañar la conversión de ellos en demandas o en respuestas¹². En las democracias, los medios masivos son los encargados de garantizar una comunicación continua entre los ciudadanos y los gobernantes, entre la sociedad civil y el Estado, entre la opinión pública y la élite. Los mensajes que parten de la élite, del Estado, buscan el apoyo o el acatamiento de los ciudadanos a sus proyectos y a sus órdenes; los que emanan de los ciudadanos a través de una opinión pública autónoma, demandan respuestas del Estado a sus múltiples necesidades o expresan su inconformidad frente a determinadas decisiones.

En ese intercambio de voces se balancean los medios de comunicación, considerados un componente tan esencial de la democracia que, sin ellos, ésta, sinónimo de libre debate, no podría existir.¹³ Están en el centro de la relación política no sólo como facilitadores o tramitadores de la comunicación, sino como constructores activos de los mensajes. De ahí su gran poder. De ahí su capacidad para inclinarse en favor de cualquiera de los polos del proceso comunicativo. En regímenes de características autoritarias el flujo de

12 Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. *Diccionario de Política*. Décima Edición, México, Siglo XXI. p. 263.

13 Ramón Cotarelo. "Medios de Comunicación y democracia en España". *Leviatán*. No. 68. Verano de 1997. p. 21.

comunicación es descendente y responde, en todo caso, a las necesidades de información del gobierno; en los democráticos la doble vía es la característica de los intercambios, pese a que la ascendente, aunque se utilice con gran regularidad como en el caso del desplazamiento forzado de poblaciones, no reporta siempre beneficios al ciudadano.

Una de las trampas que los medios de comunicación fabrican en las democracias consiste en enturbiar los flujos de información. Las lágrimas de los desplazados que aparecen en las pantallas no logran convertirse en demandas ciudadanas porque los medios masivos se encargan de fragmentar y maquillar los hechos. Si logramos imaginar una cascada ascendente¹⁴, veremos como en el arrebato de la información, en la algarabía noticiosa, la expulsión violenta de poblaciones no supera el embalse donde están ubicados los medios masivos. La debilidad de la información no puede impulsar el mensaje hasta mover los cimientos del poder, y la denuncia sobre los niveles de atrocidad que alcanza el choque de intereses de las élites colombianas retorna a la fuente, regresa intacta o aún más confusa al ciudadano que está a la espera de que la publicidad posibilite la restauración de sus derechos civiles, económicos y políticos perdidos por la expulsión.

Los medios de comunicación han cambiado el rumbo de la palabra desplazados. Ella, que debería convertirse en bofetada para un gobierno que cohabita con los responsables de los desplazamientos masivos, llega a la población no victimizada como el lamento por una tragedia que no tiene solución. Por eso la opinión pública no es más que un *mar de lágrimas y lamentaciones* que cumple la misma función del bálsamo sobre la piel reseca: calma, pero no sana.

Hace apenas dos años el desplazamiento era presentado en el contexto de un conflicto armado donde los ejércitos avanzaban sobre territorios *ajenos* creando intersecciones de intereses insoportables para la población civil. En ese momento se aseguraba, con convicción esperanzadora, que el

14 Se trata de invertir el modelo de la cascada propuesto por Karl Deutsch para representar los procesos de información y de consolidación de la opinión pública en las democracias. El proceso comenzaría por una ebullición de mensajes procedentes de la base, que después de pasar por embalses donde están ubicados en orden ascendente los líderes de opinión a nivel local, la red de comunicación masiva, las élites políticas y de gobierno, y las élites económicas y sociales, obtendrían respuestas traducidas en satisfacciones a las necesidades de los ciudadanos.

cese de las agresiones frenaría los desplazamientos forzados. Los medios televisivos trazaron el límite para su intervención en ese punto: las guerrillas, las autodefensas, los paramilitares y el ejército debían facilitar los acercamientos, pero los medios no corrieron el telón para conocer la trasescena.

Recientemente la prensa escrita ha intentado describir el transfondo. “La acumulación ilimitada de tierras de unos cuantos grandes propietarios, la industria del narcotráfico, la alianza de ganaderos y gremios con los grupos paramilitares, el control que requieren los grupos dentro del conflicto armado, y los macroproyectos que comprometen tierras donde habitan grupos indígenas, negritudes y comunidades campesinas, provocan *también* desplazamiento interno por la fuerza”¹⁵. Los periódicos empiezan a descubrir los hilos ocultos de nuestro drama y con ello impulsan los mensajes a otro nivel de la cascada, pero su voz es todavía débil y solitaria.

Hoy la palabra desplazados alude simplemente a un grupo creciente de marginados que necesitan nuestra limosna. Reducidos a la aflicción, necesitan de la caridad para soportar su drama y no de la política para recuperar su condición de ciudadanos, a la que acaso algún día tuvieron acceso. El sufrimiento de los desplazados se atiende ahora *de corazón a corazón* y por eso hace parte de la pasarela mundial de lágrimas. Por ella caminan los hambrientos de Etiopía, los refugiados de Ruanda, los mutilados de Sierra Leona, los oprimidos de Angola, los reducidos de Liberia y los desplazados de Colombia provocando la compasión de cantantes y princesas. Mientras a los colombianos se nos oprime el corazón porque el Papa ora por nuestras desgracias, decenas de colombianos son expulsados violentamente de sus parcelas sin que nadie haga algo para evitarlo. Lloramos por las lágrimas de la princesa, pero nada nos dice el cuerpo mutilado de un campesino que está a nuestra vista.



15 “El desplazamiento forzado en Colombia”. Separata especial. Cinep, Fundación Social, *Alternativa*. Diciembre de 1997. p. 8. La cursiva es agregada